



hacerlo. Ya había traducido el primer pergamino de los escritos de Benjamin Franklin. O al menos lo había parafraseado. Podía hacerlo, ¿o no?

No.

¿Por qué? Porque su padre lo prohibía. Porque él había descubierto lo que estaba haciendo y le había confiscado los libros. Porque ningún hombre querría casarse con una mujer que leyera a Benjamin Franklin.

Muy bien, respondió Joanna. Estaba dispuesta a casarse. Pero ¿con quién? No con el apuesto George Higgenam, un joven idiota con más dinero que cerebro. Tampoco con el joven Miller ni con el viejo Smythee y ni siquiera con Stephens y su cara marcada por la viruela. Con ninguno de los jóvenes caballeros que habían pedido su mano durante los últimos años.

Y ¿por qué? Porque su padre les había dicho que no. Y ni siquiera la había consultado.

Es cierto, ella no tenía deseos de casarse con esos hombres, pero realmente tampoco quería que su padre desechara las propuestas sin consultarla previamente.

¿Acaso su padre no se daba cuenta de que ella se estaba marchitando? ¿Que al no tener un marido o unos hijos que ocuparan su tiempo se sentía como una inútil? Al no tener un propósito o una causa que pudiera reclamar como suya, Joanna no era más que una hermosa concha vacía. ¿Acaso su padre no lo veía?

No. Nadie lo veía excepto ella misma y su yegua, *Octavia*, que ahora montaba sin prestarle la menor atención. Hecho que sólo probaba lo que su madre había temido diez años atrás: Shanghai puede llegar a enloquecer a los blancos.

Sin duda el hecho de que su mente hubiera tardado una década en desequilibrarse era prueba de la sólida constitución de Joanna, pero se le había agotado la resistencia. Obviamente estaba loca.

Como si estuviera de acuerdo, la pobre *Octavia*, su octava yegua desde que Joanna llegó a China, eligió ese momento para tropezar. Cuando la cabeza del caballo rozó el suelo, casi tirándola de la montura, Joanna recobró la atención y se olvidó por un momento de sus problemas. Se golpeó la frente contra el cuello de la yegua y luego tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse encima mientras *Octavia* trastabillaba debido a una pata que se había lastimado.

Por fortuna Joanna había pasado gran parte de su infancia haciendo equilibrios entre los ataques de furia de sus padres, así que era una excelente jinete. A pesar del tropezón, logró mantenerse en la montura con seguridad y detener a *Octavia*. Luego se bajó del animal e hizo todo lo que pudo para reconfortarla mientras rogaba que el daño no fuese fatal. Su padre no gastaba dinero en caballos heridos.

—No es nada serio —dijo Joanna tranquilizando a la yegua mientras comenzaba a tocar con suavidad la pata lastimada—. No es más que un tirón. De verdad. Te levantarás y estarás bien en poco tiempo.

Pero antes, claro, ella tendría que conseguir que la yegua reposara. Lo que quería decir llevarla al establo, a su casa, dentro de la concesión extranjera de Shanghai, donde el principal mozo de cuadra de su familia determinaría el destino de *Octavia*.

Joanna miró a su alrededor, pero no vio otra cosa que un campo abierto, escudado tras unos pocos árboles diseminados, y un largo camino vacío. Frunció el ceño tratando de calcular mentalmente cuántas veces habría cruzado por su cabeza la palabra «no» desde que salió. ¿Exactamente a qué distancia estaba de las puertas de Shanghai? ¿Cuánto tiempo hacía desde que sobornó al guardia de la puerta y dejó atrás a su criada?

Joanna no estaba segura, pero sabía que le costaría cinco veces más tiempo llevar a la pobre *Octavia* cojeando

hasta la casa. La culpa la carcomía cuando comenzó el largo y lento recorrido de vuelta. Incluso los árboles, que ahora parecían más tupidos, parecían erguirse sobre ella con un gesto de desaprobación.

Joanna suspiró y vio cómo la segunda predicción de su madre se había hecho realidad: ella se había convertido en una chiquilla malcriada, que no medía las consecuencias de sus actos. Excepto, claro, que ésa era la verdadera razón por la cual había venido aquí hoy, porque sus actos *nunca* tenían consecuencias... Ella era un tesoro que a su padre le gustaba exhibir, la anfitriona de sus fiestas y un trofeo que guardaba celosamente hasta el momento en que él decidiera elegirle marido. Y como ella era una muchacha rica en una tierra extranjera, podía hacer prácticamente todo lo que quisiera —dentro de lo razonable, claro— sin sufrir ninguna consecuencia.

Si Joanna rompía algo, los criados lo reponían. Si hería a alguien, el asistente de su padre enviaba un costoso regalo para reparar la ofensa. Si se comportaba de manera loca e impetuosa, había abundantes criados y lacayos a su alrededor para protegerla. Incluso ahora sabía que no tendría que hacer todo el camino a casa a pie. Dentro de un rato se encontraría con su criada y enseguida conseguirían transporte. Naturalmente, se necesitarían muchos sobornos para cubrir el hecho de que una extranjera inglesa había escapado hasta el territorio prohibido, pero eso sólo significaba sacar un poco más de dinero de un cofre que no tenía fondo. Poco importaba si las travesuras de Joanna costaban cien o mil libras, a ella le daba lo mismo.

Joanna se preguntaba si alguna vez sería posible hacer algo tan horrible que el asistente de su padre no pudiera salvarla. Y si eso fuera posible... ¿se atrevería a hacerlo? Descartó enseguida la posibilidad de cometer un asesinato. No estaba tan desesperada por obtener la atención de su padre como para ser capaz de comportarse violentamente

con nadie. ¿Un robo? La mayoría de los chinos ya eran lo suficientemente pobres sin que Joanna les quitara nada. Eso sería cruel. Y en cuanto a robar a alguien que pudiera asumir la pérdida... Bueno, eso era una idiotez.

Siempre existía la posibilidad de dejarse llevar por un comportamiento libertino y desenfrenado. Joanna había visto cómo varias de sus amigas habían elegido ese camino. Como mínimo, eso aliviaba la sensación de aburrimiento. Pero la verdad es que ella sencillamente no tenía esas inclinaciones.

Así que tendría que apoyar a los bóxers en su rebelión contra el malvado Imperio Qing. Ésa era la razón por la cual había elegido este camino en particular al salir de Shanghai y había dejado atrás a su criada: Joanna había oído a los mozos de cuadra hablando sobre un grupo de revolucionarios que se escondían en ese lugar. Si al menos pudiera encontrarlos, les ofrecería sus servicios. Como mínimo, podría proveerles de mantas y de alimentos. Y si no podía entregarles una traducción de los escritos del señor Franklin, al menos podría discutir con ellos algunas de las grandes ideas norteamericanas. Joanna había leído a los escritores más importantes: Franklin, Harriet Beecher Stowe, e incluso al filósofo francés Robespierre. Pero la cantidad de teoría que uno podía aprender sin desear ponerla en práctica tenía un límite. Por esa razón estaba aquí hoy. Estaba buscando una práctica que se ajustara a todos sus ideales.

Suponiendo, claro, que ellos quisieran hablar con una mujer blanca. Eso siempre era difícil en China. Pero por fortuna los revolucionarios debían tener, por definición, ideas más abiertas. Y tal vez estuvieran desesperados por obtener justamente el tipo de ayuda que ella les podía brindar.

Pero primero tenía que encontrarlos.

Después de llevar a *Octavia* a casa. Después de que la pobre criatura se recuperara. Y después de que Joanna

encontrara otra excusa para lograr salir de la ciudad de nuevo. Suponiendo, claro, que los revolucionarios estuviesen realmente en ese lugar.

Excepto que... aparentemente ellos acababan de encontrarla. Joanna no se dio cuenta realmente de cuándo sucedió; iba caminando junto a *Octavia* y de repente levantó la vista y se encontró rodeada precisamente por los hombres que estaba buscando.

O al menos Joanna esperaba que fueran revolucionarios. Por ahora parecían simplemente cinco hombres chinos bastante sucios. Sería mejor actuar con cautela, aunque todos llevaran las camisas rojas de los bóxers y los pantalones blancos que ahora estaban grises por la suciedad.

—Hola, amigos —saludó en el dialecto de Shanghai a los hombres que la rodeaban—. Mi caballo se torció una pata y está cojo. Les agradecería que me ayudaran. Serán bien recompensados por su esfuerzo. —Luego Joanna dibujó su sonrisa más seductora. Era cierto que cada vez que la esbozaba sentía una punzada en el corazón. Ella la llamaba su «mirada de niña cabeza hueca». Pero solía ser muy efectiva, en especial con los hombres.

Por desgracia, no estaba surtiendo efecto sobre estos chinos más bien malolientes. Por lo general, esos olores no le molestaban en lo más mínimo. Ingleses o chinos, los hombres que trabajaban solían desprender un olor característico. Pero estos hombres olían peor de lo normal.

Uno de ellos dio un paso al frente y dijo algo que a Joanna le resultó difícil de entender debido al marcado acento del norte:

—No queremos oro extranjero.

Era extraño, pensó Joanna frunciendo el ceño, pues creía que todo el mundo quería el oro inglés.

—También puedo pagarles en moneda china —dijo con suavidad—. Si uno de ustedes fuera tan amable de ir hasta Shanghai, estoy segura de que mi criada debe de es-

tar en algún lugar del camino. — Al ver que los hombres no respondían, Joanna señaló hacia un claro entre los árboles, donde vio al menos uno de esos caballos chinos de patas gruesas. Tal vez hubiera más—. Ése es su caballo, ¿no es así?

— ¡Yo preferiría que usted fuera mi caballo! — exclamó uno de los hombres mirándola de reojo.

Joanna se quedó quieta, pues seguramente no había entendido bien. Pero cuando el hombre más grande le escupió a los pies de manera agresiva, mientras que los otros soltaban una carcajada no demasiado amable, Joanna comenzó a reconsiderar su conclusión. ¿Habría caído en manos de unos bandidos?

Joanna se reprendió a sí misma por su propia estupidez. ¡Claro que había caído en manos de unos bandidos! Obviamente éstos no eran caballeros honestos, interesados en ayudarla. A menos, claro, que su primera suposición fuera correcta: estos hombres podían ser revolucionarios de verdad.

La muchacha volvió a sonreír, tratando de parecer más relajada de lo que en realidad se sentía.

— Caballeros, ¿son ustedes bóxers? Yo venía precisamente en busca de ustedes. Quiero contribuir a su causa.

Uno de los hombres hizo un gesto con el puño y a continuación lo movió de manera vulgar.

— ¿Busca usted a los bóxers? — preguntó y todos sus compañeros se rieron.

Joanna suspiró.

— Busco a los «Puños rectos y armoniosos». Pero si ustedes, señores, no son parte de ese honorable grupo, entonces tal vez me he equivocado. Si me disculpan... — Joanna trató de pasar al lado de los hombres, pero ellos no se movieron. De hecho, un hombre bajito y nervudo de puños grandes la empujó bruscamente hacia atrás.